

El finisecular TITANIC

El celuloide Titanic, cumple con todos los requisitos exigidos por la industria cinematográfica, pues, refuncionaliza la mitificación de la sociedad estadounidense.

L

La laureada superproducción *Titanic* de James Cameron recibió los Premios Oscar de la Academia de Ciencias y Artes Cinematográficas de Hollywood, debido a que responde a los requisitos estéticos y narrativos de la industria cinematográfica. En efecto, once de los 14 premios le correspondieron a la cinta de Cameron, siendo ésta la única película que logro junto a "Ben Hur" en obtener dicho número de estatuillas en la historia del cine. Para conseguir su cometido, Cameron no dudó en acudir a los productores y contratar a los mejores camarógrafos, músicos y actores del *star system*. La factura es indiscutible cuando tiene como protagonistas a Kate Winslet y el nuevo "sex symbol" masculino Leonardo DiCaprio, que alcanzó el estrellato con el posmodernista Romeo y Julieta.

La trama de *Titanic* se concentra en Rose y Jack que se conocen en el navío e inician un apasionado idilio. El sentimiento que une a ambos personajes sobrepasa las diferenciaciones sociales y los obstáculos que se le ponen al frente e, incluso, ni el hundimiento del colosal buque es un óbice para su amor. En realidad, la historia se inicia con la búsqueda del diamante azul de la Corona que perteneció al Rey Luis XVI por unos gambusinos que están al servicio de la mafia rusa. Enterada Rose de la exploración de los residuos del barco, acude para contar esa etapa de su vida. Un *flash back* nos sitúa a Rose en 1912. Ella es huérfana de un hombre de estirpe que le dejó sólo su apellido en la vida. Su madre para salvar su posición social se halla empeñada en hacerla casar con el magnate del acero Natan. Sin embargo, Rose conoce y se enamora de un pasajero de tercera clase - Jack- que está viajando a EE.UU. para alcanzar el anhelado *american dream*. Una vez acaecido el fatal

Autor: Orlando Mercado Camacho
Sociólogo y Diplomado Superior en
Ciencias Políticas. Docente de la
Universidad Privada de Santa Cruz
de la Sierra

choque con el témpano y mientras el barco se hunde, Natan persigue sañudamente a la pareja, no por celos, sino porque quiere recuperar el mentado diamante.

El celuloide *Titanic*, como decíamos, cumple con todos los requisitos exigidos por la industria cinematográfica, pues,

¿El éxito de Titanic? Consideramos que además de la parafernalia comercial que se ha montado alrededor de la película, se puede vislumbrar el revival del miedo finisecular que afecta a la humanidad y que fue prodigiosamente captado por Cameron. Ciertamente, cada fin de siglo el ser humano ingresa en un pánico generalizado ante la apreciación de las profecías bíblicas del juicio final.

refuncionaliza la mitificación de la sociedad estadounidense. La ideología implícita en la cinta es la del individualismo a ultranza propio de la burguesía angloparlante. La embarcación, en el fondo, es una metáfora de la sociedad en la que la estratificación social es marcada e insuperable. Por ejemplo, los pasajeros de primera clase gozan de todos los privilegios que le permite su posición social. Están en cubierta codo a codo los

aristócratas, los capitalistas y los nuevos ricos. A pesar de las intrigas, gazmoñerías y los miramientos, todos y cada uno se empeñan en mantener las apariencias. Los pasajeros de tercera clase, por el contrario, ocupan espacialmente el lugar bajo del navío y no gozan para nada de los privilegios y del

confort de la lujosa embarcación, aunque se divierten más que nadie en su cotidianidad y celebraciones.

La tragedia del majestuoso barco en su primera travesía encuentra explicación, igualmente, tan solo en el desafortunado voyeurismo del timonel, porque contempla divertido los flirteos entre Rose y Jack. En el hundimiento, finalmente, cada uno trata de salvar su vida sin fijarse en la del resto, aunque en verdad algunos

atildados prefieren morir con honra y una botella de cognac, lo mismo que la orquesta sinfónica que está absorta en su magistral interpretación y ajena al desastre. De seguro, debido a dicho acontecimiento histórico, el psicólogo social Enrique Pichón Riviere en una de sus dinámicas grupales planteó, precisamente, una presunta situación en la que una embarcación se va a pique. Propuso a los participantes que en ese trance ficticio salven en pocos minutos algo que les sirva para sobrevivir. Luego de la experiencia llegó a la conclusión que hemos internalizado los valores de la sociedad burguesa y una vez llegada la coyuntura nos comportaríamos de igual manera que los naufragos de aquel entonces. Incluso, la supuesta caballerosidad de permitir que los niños y las mujeres se salven primero, no es tan decorosa porque tiene como finalidad la procreación de la especie y, consiguientemente, la reorganización de la sociedad bajo los patrones del individualismo. Para salvar dicha contrariedad, Pichón-Riviere consideró necesario formar a las personas en los valores del humanismo, sin renunciar por ello a la individualidad. Y esa es,

precisamente, la falencia de Cameron en *Titanic*: el arrojar el diamante al mar para evitar la dicha de los buscadores de fortuna o concentrar la cámara en los protagonistas, no conflictúa para nada a los espectadores que no rompen con el efecto parahipnótico de la proyección y salen de la sala con el *happy end* que se da con el reencuentro de los amantes en la ultratumba.

Pero, por qué el éxito de *Titanic*? Consideramos que además de la parafernalia comercial que se ha montado alrededor de la película, se puede vislumbrar el revival del

miedo finisecular que afecta a la humanidad y que fue prodigiosamente captado por Cameron. Ciertamente, cada fin de siglo el ser humano ingresa en un pánico generalizado ante la apreciación de las profecías bíblicas del Juicio final. La incertidumbre y la congoja se apropia de los hombres que buscan remedio en la plegaria o el desencanto nihilista para con la vida. Tal ocurrió durante la Edad Media o, incluso, al culminar el siglo XIX cuando ni siquiera la buena nueva de la ciencia pudo acallar las rogativas para salvar las almas. Así pues, en el registro del inconciente colectivo se

reactualiza la idea del "fin de la historia" y, precisamente, uno de los espacios culturales en los que se puede apreciar con nitidez meridiana esa afirmación es el cine debido a que el imaginario colectivo es recreado en cada producción y exhibición. No en vano, aparte de ser clasificado en el género dramático, *Titanic* puede inscribirse sin problemas en el rubro de catástrofes, el mismo que fue definido por Luis Espinal como un cine reaccionario. Por último, si asemejamos el *Titanic* a la sociedad, depende de ella incurrir en su hundimiento o buscar la bitácora que le permita sortear el Iceberg.

FDC &

**Fernández de Córdova & Roda
Arquitectos & Constructores**

Calle Buenos Aires 338 / Of. 7 y 8
Centro Comercial "Los Arcos"
Fono: 366999 Fax: 332052
Casilla 3728 - Santa Cruz